LA IDENTIDAD DEL ENUNCIADOR EN LOS *COMENTARIOS REALES*

POR

JOSÉ A. RODRÍGUEZ GARRIDO
Pontificia Universidad Católica del Perú

En el curso de los últimos años han aparecido dos libros que como aspecto central de su aproximación a la obra del Inca Garcilaso de la Vega asumen, desde perspectivas distintas, el tema de la identidad del escritor (Ramírez Ribes y Hernández). Asimismo en el incesante número de artículos sobre el autor de los *Comentarios reales* se trata frecuentemente este asunto. La preocupación de la crítica por discutir este tema es antigua. Ya en las celebraciones y publicaciones que en 1939 provocó el cuarto centenario del nacimiento del Inca, el tema adquirió un matiz polémico, entre quienes pretendieron afirmar el carácter sustancialmente “indio” de la conciencia de Garcilaso (Luis E. Valcárcel) y quienes protestaron recordando la asimilación en el autor de valores hispánicos (V. A. Belaunde).

Este rapidísimo recuento pone de manifiesto que, si bien el tema de la identidad garcilasiana no debiera reducirse a la adscripción étnica (y de allí, cultural) del personaje, es éste un enfoque que ha sido considerado fundamental. Evidentemente ello se conecta con el interés por la determinación del ser hispanoamericano y de su expresión cultural; así ocurre, por ejemplo, en las conclusiones del libro de Ramírez Ribes. No cabe duda de que la orientación de buena parte de la crítica de este siglo en su lectura del texto garcilasiano es un reflejo de profundas preocupaciones actuales. No pretendo sugerir de ninguna manera que esta orientación fuerce el texto de los *Comentarios*. Obviamente no ha sido la crítica sino el propio Garcilaso quien ha insistido en la construcción de la identidad como elemento rector de los *Comentarios reales*. No obstante, sí convendría destacar en que por su naturaleza de texto escrito según los cánones del discurso humanista —rasgo que sería ocioso negar después de las investigaciones de autores como Arocena, Durand, Miró-Quesada y Zamora— la identidad que se expresa en los *Comentarios reales* no puede desligarse de la armazón retórica levantada por el Inca ni de sus intenciones persuasivas.

El objeto de estas páginas es, pues, el de analizar el tema de la identidad en los *Comentarios reales* no como reflejo de la persona histórica —el autor del libro— sino como parte de la construcción de una entidad que emana del propio texto y a la que designaremos como el enunciador. En otras palabras, pretendemos observar de qué manera la declaración sobre la identidad del enunciador en los *Comentarios* obedece a la naturaleza argumentativa del texto y la estudiaremos como construcción de éste, más que como una confesión íntima del autor.

La distinción que planteamos no es en absoluto novedosa, pero conviene recordarla dada la orientación de un sector dominante de la crítica y el hecho de que como objeto de estudio la obra de Garcilaso interesa a especialistas procedentes de diferentes dominios.

En el campo de la narrativa, la moderna teoría literaria ha dejado bien establecida la distinción entre autor y narrador. Una separación semejante debería señalarse sobre todo en el discurso argumentativo entre la entidad histórica responsable de la producción material del texto (el autor) y la entidad representada y construida en el texto, que no es, en última instancia, sino un sujeto discursivo (el enunciador). El problema que se suscita en este terreno es que, a diferencia de la relación entre autor y narrador, entre autor y enunciador se percibe una vinculación más estrecha.¹ De allí que las retóricas clásicas dedicaran capítulos a la calificación del orador, bajo el convencimiento de que la opinión que el auditorio se hiciera sobre él repercutía en la valoración de su discurso. Sólo un lector extremadamente ingenuo o desentrenado interpretaría las afirmaciones del narrador de un relato literario como si se trataran realmente de proposiciones del autor; en cambio, en el discurso argumentativo no sólo es normal que el receptor establezca una continuidad entre ambas instancias, sino que incluso el propio emisor invita a consolidar la asociación.

No obstante, para un análisis retórico valedero conviene tener en cuenta que al presentarse ante un auditorio (ya sea por medios orales o escritos) lo que el emisor del discurso realmente proyecta es una imagen construida con fines determinados y no una transparente réplica de la compleja entidad histórica del autor. Ciertamente entre ésta y la imagen construida suele haber conexiones (de lo contrario el texto argumentativo se percibiría como falaz o hipócrita), pero al menos hay que reconocer que dicha imagen se elabora seleccionando ciertos rasgos del ser histórico y convirtiéndolos en representaciones textuales. Este proceso se lleva a cabo de acuerdo con las necesidades argumentativas del texto y, de este modo, la imagen construida no tiene por qué ser estable, sino que, por el contrario, se reviste de un carácter dinámico que depende de las exigencias de la argumentación. Esto es lo que legitima la distinción entre autor y enunciador, y lo que hace riesgoso predicar indistintamente del autor cualquier aparente representación textual de sí mismo sin antes ubicarla en su contexto retórico.

Para juzgar a cabalidad los *Comentarios reales*, nos parece esencial otorgarle el estatuto de discurso argumentativo que posee. Es bien sabido que Garcilaso escribe cuando existe ya una tradición formada de interpretación y valoración de las culturas indígenas en los textos de la historiografía española. Por eso los *Comentarios* adoptan una estructura basada en la intertextualidad y, en última instancia, en la refutación.² No entenderlo así y valorarlo exclusivamente como fuente de información ha conducido a polémicas sobre todo entre los historiadores, desde la antigua entre González de la Rosa y Riva-Agüero sobre la "originalidad" del Inca, hasta la más reciente entre Rostorowsky y Durand sobre su "veracidad". Pero lo fundamental en Garcilaso parece ser la elaboración de un discurso que tiene como receptor implícito fundamental al lector europeo, cuya percepción del

¹ La noción de enunciador puede extenderse evidentemente a todo sujeto discursivo que emana de un texto y, en esta medida, el narrador sería una forma de enunciador. Aquí con este término nos referimos exclusivamente al sujeto de la enunciación de un discurso argumentativo, tipo textual al que —insistimos— hay que adscribir los *Comentarios reales*.

² Rodríguez-Garrido 105-113.

pasado de los incas y de la historia del Perú desea transformar, es decir, un discurso que por su propia naturaleza tiene que servirse de las técnicas de argumentación. Es bajo esta luz como quisiéramos aproximarnos a las declaraciones de identidad del enunciador a lo largo de los *Comentarios*.³

Nuestro análisis parte de la necesidad de reafirmar la esencial unidad de los *Comentarios reales* a pesar de la separación en dos partes y dos títulos (*Comentarios reales* e *Historia general del Perú*), dado que la representación de la identidad del enunciador en el texto sólo puede ser considerada adecuadamente teniendo en cuenta la totalidad del corpus de los *Comentarios*, sin privilegiar ninguna de las dos partes. El Inca concibió desde sus inicios la obra como una totalidad a pesar de que a lo largo de su redacción introdujo cambios en el plan original (véase Durand 1988, 39-41). El título ideado por Garcilaso para toda la obra parece haber sido uno solo: *Comentarios reales*. Así es como siempre la designa distinguiendo únicamente entre sus dos partes. Los preliminares de la *Historia general del Perú* también se refieren siempre a ésta como la “segunda parte de los *Comentarios reales*”, salvo la fe de erratas, firmada por Murcia de la Llana el 12 de noviembre de 1616, que recoge el mismo título que aparece en la portada. Tal coincidencia se explica porque mientras los otros preliminares se redactaban a partir del manuscrito presentado por el autor para su aprobación ante el Consejo Real (y, en tal medida, podemos estar seguros de que respetaban el título con que éste inició el trámite), la fe de erratas — junto con la tasa — se preparaba obviamente a partir de los pliegos impresos del texto, es decir, en el proceso final de publicación del libro. Es probable, por tanto, que este cambio de título a última hora obedezca a una decisión del editor y no hay indicios de que ésta fuera aceptada por el autor.

La unidad sobre la que advierte el título único se ve reforzada por otras alusiones intratextuales. Quizás la más significativa sea la oración final de la primera parte de los *Comentarios*, que deja pendiente la continuación de la obra: “Y con esto entraremos en el libro décimo, a tratar de las heroicas e increíbles hazañas de los españoles que ganaron aquel imperio” (*Primera parte*, II, 197).⁴ Asimismo en el “Proemio al lector” se anuncia que “otros dos libros se quedan escribiendo de los sucesos que entre los españoles [...] passaron” (*Primera parte*, I, 8). Sabemos, sin embargo, que en el proceso de redacción estos dos libros se habrían de convertir en ocho, lo cual seguramente inclinó al Inca a una nueva numeración.

Sólo reponiendo esta unidad de la obra se puede percibir plenamente el desarrollo histórico trazado por Garcilaso. El pasado incaico es presentado en los *Comentarios* no como un pasado remoto y desligado del presente, sino como parte de un proceso que se

³ De alguna manera, existe ya el precedente de aproximación a los textos garcilasianos a partir de conceptos semejantes al que aquí proponemos, como el de “sujeto del enunciado” (Wey-Gómez 14) o el de “persona discursiva” (Ortega 14), que en lo esencial presuponen una base teórica próxima a la que aquí hemos esbozado.

⁴ Las citas de las dos partes de los *Comentarios reales* proceden de la edición de Ángel Rosenblat (aún hoy la mejor de las ediciones modernas de la obra del Inca): *Comentarios reales de los Incas* (Buenos Aires: EMECE editores, 1943), e *Historia general del Perú* (Buenos Aires: EMECE editores, 1944). Tras la indicación “primera” o “segunda” parte (ésta última para referirnos a la llamada *Historia general*), se indica el número del volumen y la página correspondiente de la edición.

inserta en la historia dentro de un plan providencialista. La continuidad histórica de tal proceso no se invalida por el hecho de que éste presente aspectos críticos y violentos que finalmente lo llevan a la “tragedia” con que el Inca cierra los libros de la segunda parte de los *Comentarios*. Por el contrario, creo que es ésta ligazón histórica la que le permite al enunciador proclamar una “patria” que asocia al Tahuantinsuyo con el Perú, planteamiento que habrá de influir en la gestación de una conciencia nacional (véase Chang-Rodríguez 36-40).

Esta unidad a la que nos referimos se confirma por los procedimientos, comunes a ambas partes, en la estructuración argumentativa y retórica del texto. El más evidente es la referencia intertextual a las crónicas de los españoles. La promesa de no decir “cosa grande que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles” (*Primera parte*, I, 8) —promesa que en verdad anuncia un sutil proceso de desautorización de la palabra escrita de los españoles para instaurar la autoridad del propio enunciador—⁵ se cumple por igual, y de modo aun más marcado, en la segunda parte. No de otro modo convendrá analizar las afirmaciones del enunciador sobre su propia identidad, especialmente étnica, a lo largo de los *Comentarios*, vale decir, como elemento que contribuye en el plan retórico del texto al acto de persuasión que éste se propone.

Las declaraciones sobre la identidad étnica del enunciador en los *Comentarios* son, como es bien sabido, de dos tipos: como indio (la declaración más frecuente) y como mestizo. La primera de ellas contradice la naturaleza histórica del autor, el mestizo hijo de una palla y un conquistador español. De aquí se ha partido para afirmar la preferencia de Garcilaso por esta referencia a sí mismo y su esencial “conciencia india” (Valcárcel 25-27; Loayza 22; Díaz Ruiz 214-217). Sin entrar en discusión con esta postura, más interesada en la persona histórica, queremos adentrarnos en la función retórica que tales declaraciones sobre la naturaleza étnica del enunciador tienen en el texto. Éstas se complementan con otro tipo de autopresentación: por sus orígenes familiares (pariente de los Incas, hijo de padre conquistador), por su relación con los hechos historiadados (testigo) o por su vinculación a los ideales del imperio español (soldado, cristiano).

En primer lugar, habrá que notar que la presentación del enunciador como indio no es estable. En varios contextos, por el contrario, se plantea un distanciamiento entre el enunciador y los personajes indios de la historia. Lo hace sobre todo al referirse a algunos aspectos de las creencias religiosas de los Incas, a los que trata de “niñerías o burlerías que aquellos indios tuvieron” (*Primera parte*, I, 81), o al proponer explicaciones legendarias de los indios como la de la piedra cansada (II, 152). Del mismo modo, al tratar en la segunda parte de los *Comentarios* el cerco del Cuzco por las tropas de Manco Inca y el milagro de la Virgen en favor de los españoles, los indios son designados como “los infieles” (I, 179). En estos pasajes parece más bien asomar implícitamente su postura de cristiano que se explicitará en otros casos (“Yo protesto, como cristiano [...]”, *Segunda parte*, III, 95). Esto nos advierte sobre el hecho de que la declaración como indio es selectiva y obedece a la imagen que el enunciador quiere construir de sí en ciertos contextos.

Las situaciones argumentativas en que el enunciador proclama su pertenencia al grupo de los indios son en verdad poco variadas; se reducen prácticamente a tres contextos que,

⁵ Hemos analizado con detalle este recurso en nuestro trabajo de 1993.

de algún modo ya fueron notados por Loayza (14-16). El primero de ellos obedece al tópico de la modestia del orador (véase Pease 41-42) como modo de la *captatio benevolentiae* del auditorio (el lector europeo en este caso). Todo texto argumentativo presupone un contacto con el auditorio, vale decir tener algo en común con éste (véase Perelman 49-55). En este sentido, recurrir al tópico de la modestia no nos parece un simple recurso convencional; el enunciador asume —para transformarlos— los prejuicios que sobre los habitantes de Indias tienen los lectores europeos. Su “modestia” parte además del hecho de que la escritura es en principio ajena al indio. Por ello es interesante la idea de Susana Jákfalvi-Leiva de que, en los *Comentarios reales*, Garcilaso propone una apropiación de la escritura (58); ésta se disfraza, sin embargo, frecuentemente en el tópico de la falsa modestia. Así proclamará una aparente incapacidad para llevar a buen término el discurso tras enunciar el plan temático de la obra en el primer libro de los *Comentarios*:

Al discreto lector suplico reciba mi ánimo, que es de darle gusto y contento, aunque las fuerças ni el habilidad de un indio nascido entre los indios y criado entre armas y cavallos no puedan llegar allá (*Primera parte*, I, 50).⁶

Es significativo que el recurso aparezca también en otros textos de Garcilaso que, siguiendo los términos propuestos por Genette, podríamos calificar de “paratextuales” (títulos, prólogos, preliminares, etc.). En efecto, está ya presente en la carta con que Garcilaso remite un ejemplar de su traducción de los *Diálogos de amor* al rey Felipe II y que transcribe en el Prólogo de la segunda parte de los *Comentarios*. Allí alude a la empresa de la traducción como “el atrevimiento de un indio” (*Segunda parte*, I, 15). También figura en el proemio de *La Florida*, donde pide que “las faltas que lleva se me perdonen porque soy indio” (*La Florida* 10). Se trata de un recurso empleado fundamentalmente en contextos en los que el enunciador propone un refuerzo de su relación con el destinatario. Es interesante, sin embargo, que, bajo la apariencia de modestia, se refuercen perspectivas propias. Así ocurre en especial cuando se remite a los textos de los cronistas españoles para criticar el comportamiento general de los conquistadores “pues dirán, que por ser indio, hablo apasionadamente” (*Primera parte*, I, 269) o cuando les cede la voz “por hablar como español y no como indio” (*Segunda parte*, I, 89), alusión a una supuesta impericia en el manejo de la lengua que el propio discurso se encarga de negar.⁷

El tópico de la modestia se cruza, al menos en una oportunidad, con otra presentación del enunciador, la de soldado. Ésta ocurre al reconocer su incapacidad para explicar cómo los incas “alcançaron la inmortalidad del ánima y la resurrección universal”. En el capítulo que lleva este título, afirma: “Cómo o por cuál tradición tuviessen los Incas la resurrección

⁶ Ya en el mismo capítulo inicial de la obra, sobre “si hay muchos mundos”, el enunciador afirma que ni éste es el tema fundamental de la obra “ni las fuerças de un indio pueden presumir tanto” (*Primera parte*, I, 9). De inmediato se demuestra, sin embargo, lo infundado de tales dudas por la experiencia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

⁷ Hemos notado en otro lugar cómo la supuesta modestia que implica la cesión de la palabra a los historiadores españoles se contradice con la manera con que Garcilaso maneja el texto de éstos en sus citas, introduciendo a veces incluso correcciones estilísticas (Rodríguez-Garido 109-113).

de los cuerpos, siendo artículo de fe, no lo sé, ni es de un soldado como yo inquirirlo” (*Primera parte*, I, 81). Es significativo que cuando el texto pretende negarle valor a las informaciones de los indios o a las historias incas, el enunciador opta por el distanciamiento respecto del grupo indígena, como veíamos antes. Al sugerir, en cambio, una proximidad entre la religión inca y el dogma católico, prefiere, a pesar de la modestia y de la declarada incapacidad para explicar el hecho, una identidad que refuerza su pertenencia al imperio español, con lo cual se logra una apariencia de objetividad.⁸

Los otros dos contextos en que aparecen las declaraciones de identidad indígena están regidos por un sólo principio argumentativo: el refuerzo de la autoridad del enunciador. El primero de ellos corresponde a los pasajes en los cuales declararse indio sirve al enunciador como demostración de su acceso privilegiado a la información de los otros indios. El segundo, quizás el más importante, le permite resaltar su autoridad como hablante de la lengua de los indios y, por tanto, como intérprete privilegiado para la comprensión del pasado inca.

En cuanto a lo primero, desde el libro inicial *se afirma* un acceso a fuentes que tipifican al enunciador de los *Comentarios* y que lo ubican en posición privilegiada respecto de los otros autores de crónicas:

luego que propuse escrevir esta historia, escreví a los condiscípulos de escuela y gramática, encargándoles que cada uno me ayudasse con la relación que pudiesse haver de las particulares conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres [...]. Los condiscípulos, tomando de veras lo que les pedí, cada cual dellos dio cuenta de mi intención a su madre y parientes, los cuales, sabiendo que un indio, hijo de su tierra, quería escrevir los sucessos della, sacaron de sus archivos las relaciones que tenían de sus historias y me las enviaron, y assí tuve noticia de los hechos y conquistas de cada Inca, que es la misma que los historiadores españoles tuvieron, sino que ésta será más larga, como lo advertiremos en muchas partes della (*Primera parte*, I, 48-49).

Pero el enunciador adopta al mismo tiempo una postura de superioridad sobre estas fuentes que le permite sancionar sobre ellas. Así confirmará la información dada por los indios a Cieza sobre la procedencia de las piedras de los templos de los cañaris. Ante las dudas del español proclama: “yo, como indio que conocí la condición de los indios, osaré afirmar que *passó assi*” (*Primera parte*, II, 167). En cambio, rebatirá que éstos hubieran intuido el dogma católico de la Trinidad, como se desprende de la información que algunos de ellos han dado a otros cronistas “con pretensión de que siquiera por semejanza se les haga alguna cortesía”. Aducirá para ello un conocimiento de la naturaleza de los informantes que parte de la pertenencia al grupo, es decir, en última instancia, de un aparente conocimiento introspectivo: “Esto afirmo como indio, que conozco la natural condición de los indios” (I, 75).

El segundo contexto argumentativo en que el enunciador se declara indio para reforzar su autoridad corresponde a aquellos pasajes en que proclama su dominio de la lengua de los indios. Éste es sin duda el aspecto sobre el que la crítica ha llamado más la atención.

⁸ Más adelante analizamos el pasaje crucial de los *Comentarios* en que, de alguna manera, se juntan la identidad de indio con los ideales religiosos del Imperio español.

La conciencia idiomática del Inca así como su conocimiento metalingüístico han sido estudiados por Cerrón Palomino. A su vez Margarita Zamora (62-84) ha planteado que la preocupación filológica del Inca, como intérprete y comentarista de la lengua quechua, resulta un rasgo rector en la estructura y el contenido de los *Comentarios*.

Argumentativamente la autoridad del enunciador basada en su conocimiento como hablante de la lengua de los indios es de enorme importancia, dado que tiene consecuencias en la valoración de los sucesos historiados. Garcilaso planteará, en efecto, en varias oportunidades, que el desenlace trágico de la conquista obedece a la incomunicación lingüística entre españoles e indios. De allí su insistencia en proclamar la incapacidad de los intérpretes empleados por los españoles como mediadores con el Inca (capítulo XXXVI del libro I de la *Segunda parte*). Del mismo modo, la incomunicación observada en los hechos narrados se proyecta en la composición de los textos escritos por los españoles sobre el pasado inca:

La manera que nuestros españoles tenían para escribir sus historias era que preguntaban a los indios en lengua castellana las cosas que dellos querían saber: los farauces, por no tener entera noticia de las cosas antiguas y por no saberlas de memoria, las dezían faltas y menoscabadas o mezcladas con fábulas poéticas o historias fabulosas. Y lo peor que en ello había era la poca noticia y mucha falta que cada uno dellos tenía del lenguaje del otro, para entenderse al preguntar y responder (*Primera parte*, I, 77).

Así queda planteado un implícito paralelo entre el confuso Felipillo —“tan mal enseñado en la lengua general de los Incas como en la particular de los españoles” (*Segunda parte*, I, 66)— que por declarar el dogma del Dios uno y trino a Atahualpa dice: “Dios tres y uno son cuatro” (I, 67), y los españoles que resultan igualmente inhábiles para comprender la lengua de los indios, como el “religioso dominico que en el Perú había sido cuatro años catedrático de la lengua general de aquel Imperio” (*Primera parte*, I, 74) y que desconocía diferencias fonológicas de ella.

Por oposición, el enunciador de los *Comentarios* enfatiza su conocimiento como hablante nativo del quechua y muestra paralelamente —aunque “por modestia” nunca argumenta explícitamente sobre ello— su dominio del español y de los códigos retóricos y humanísticos. De esta manera, la figura del enunciador aparece en los *Comentarios* revestida de una autoridad única en el contexto del discurso cronístico sobre Indias. Su bilingüismo coordinado lo convierte en intérprete autorizado entre dos mundos y de allí que éste sea el aspecto más trabajado en la elaboración de la imagen del enunciador en los *Comentarios*:

como indio, natural de aquella tierra, ampliamos y entendemos con la propia relación la que los historiadores españoles, como extranjeros, acortaron, por no saber la propiedad de la lengua ni aver mamado en la leche aquestas fábulas y verdades como yo las mamé (*Primera parte*, I, 88).⁹

⁹ Hay que destacar que Garcilaso gusta de vincular su carácter de “indio” con la función de traductor incluso en prácticas que no suponen el empleo del quechua. En efecto, su primer libro, la traducción del italiano de los *Diálogos de amor*, lleva en el encabezamiento del título la indicación “la traducción

Hay que llamar la atención sobre el hecho de que “indio” es también en los *Comentarios* el nombre para designar la lengua, como lo comprueban múltiples pasajes: “escribelos *en indio* y en latín” (*Primera parte*, I, 122); “en este tiempo se dan mucho los mestizos a componer *en indio*” (I, 124); “*en indio* dizen Yacha Huaci” (II, 109); “mandó cortar grandísima cantidad de una madera que hay en aquella región, que no sé cómo se llame *en indio*” (II, 119). Garcilaso, pues, eleva el término “indio” a nombre de lengua de una nación (en el sentido de grupo étnico que esta palabra tiene en su época). Al mismo tiempo, la equivalencia del significante para designar tanto a la lengua como al hablante o, mejor aún, al miembro de una nación (como es frecuente en muchas lenguas) permite robustecer la solidaridad entre ambos, particularmente la del enunciador que construye su autoridad sobre tal asociación.

Es, pues, esta identificación entre lengua y hablante y este atribuirse el nombre común de ambos a sí mismo lo que le permite reforzar su autoridad en este terreno y proclamar insistentemente al corregir o informar sobre el quechua: “yo, como indio, doy fe de esto” (*Primera parte*, II, 264).

La definición de la identidad del enunciador como indio, para enfatizar su autoridad en el manejo de la lengua, presenta dos determinaciones adicionales en el mismo contexto. Se trata del capítulo II del libro II de la primera parte, destinado a demostrar que “rastrearón los Incas al verdadero Dios Nuestro Señor” (I, 66). Éste es un pasaje crucial en la argumentación del Inca, pues permitirá legitimar la continuidad, que rige la concepción histórica de los *Comentarios*, entre la cultura inca y la revelación cristiana; es por ello por lo que el enunciador debe reforzar su autoridad de indio con una determinación adicional. Lo hace justamente recurriendo a las identidades que quiere hacer solidarias para comprobar su propuesta histórica: “inca” y “cristiano”. El argumento central que aquí se maneja para convencer de la propuesta es un argumento lingüístico; consiste en mostrar que en la lengua de los Incas existía el concepto de Dios, con los atributos cristianos esenciales, y el significante correspondiente. Ese término es, según Garcilaso, *Pachacámac*. La explicación es la siguiente:

es nombre compuesto de *Pacha*, que es mundo universo, y de *Cámac*, participio de presente del verbo *cama*, que es animar, el cual verbo se deduce del nombre *cama*, que es ánima. *Pachacámac* quiere dezir el que da ánima al mundo universo, y en toda su propia y entera significación quiere dezir el que haze con el universo lo que el ánima con el cuerpo (*Primera parte*, I, 66).

Esta detallada explicación metalingüística se confronta con la ofrecida por Cieza, quien por el contrario asocia el nombre *Pachacámac* a un contenido teológico muy distinto, el de demonio.¹⁰ Frente a lo dicho por el español, este refuerzo doble de la identidad del

del Indio” (Zamora 59-60). También al aludir a la traducción que efectuará de los “papeles” de Blas Valera, escritos en latín, aludirá a su identidad indígena: “yo como indio traduxe en mi tosco romance” (*Primera parte*, I, 21).

¹⁰ “El nombre deste demonio quería dezir hazedor del mundo, porque *Cama* quiere dezir hazedor y *Pacha*, mundo” (apud *Primera parte*, I, 66).

enunciador como “indio inca” e “indio cristiano católico” se propone un mismo objetivo: precisar un contenido lingüístico clave que tiene consecuencias histórico-teológicas.

La necesidad de recurrir a la determinación de “inca” para convencer de la validez de su información se explica por el hecho de que el concepto en cuestión procede del grupo de la elite inca; por tanto, sólo un miembro de ella podría dar la adecuada información al respecto. Efectivamente, al principio del capítulo se afirma que “*los Reyes Incas y sus amautas*, que eran los filósofos, rastrearon con lumbre natural al verdadero sumo Dios y Señor Nuestro, que crió el cielo y la tierra” (I, 66; el subrayado es nuestro). Se trata pues de una implícita refutación—dirigida fundamentalmente contra Cieza y sus informantes—basada en el acceso a las fuentes.

Ahora bien, no se ha notado suficientemente que ésta es la única ocasión en que, en el cuerpo del texto, el enunciador se llama a sí mismo “inca”. En efecto, hemos visto que la manera más habitual de autodesignarse es la de “indio”, lo cual contrasta con el nombre que el autor (no el enunciador del texto) elige para sí: *Inca* Garcilaso de la Vega. Es cierto que, en la dedicatoria a Felipe II impresa en la traducción de los *Diálogos de amor* y reproducida nuevamente dentro del prólogo de la segunda parte de los *Comentarios*, Garcilaso proclama su pertenencia al grupo de los incas («el haverme cabido en suerte ser de la familia y sangre de los Incas», *Segunda parte*, I, 13). No obstante, debe notarse, siguiendo a Genette, que prólogos y dedicatorias no forman en sentido estricto parte del “texto” de la obra, sino de lo que él propone llamar el paratexto.¹¹ En esta medida, son el terreno apropiado para plantear una identificación entre autor y enunciador; en cambio, el texto se guía por sus propias exigencias, en este caso argumentativas. Así, en el texto mismo, incluso en pasajes en que se recurre a la biografía y el origen del autor, se evita cuidadosamente la declaración del enunciador como inca. Los incas son sus parientes (*Primera parte*, I, 39) o sus “abuelos maternos” (*Segunda parte*, III, 240).

La razón por la que se produce este divorcio entre la designación del autor y la del enunciador (separación que es tanto más sorprendente en un texto que emplea frecuentemente la autobiografía para construir la imagen del enunciador) creemos que sólo puede explicarse recurriendo al propio texto. La respuesta parece estar en el capítulo XXVI del libro I de la primera parte, dedicado a tratar “los nombres reales y la significación dellos”. Allí claramente se señala que el nombre *inca* se empleaba para designar al “Rey o Emperador” o a los de su linaje, con la salvedad de que éstos “havían de ser descendientes *por la línea masculina y no por la femenina*” (*Primera parte*, I, 60; el subrayado es nuestro); y hacia el final del mismo capítulo volverá a insistir en que el nombre inca sólo pertenecía a “los de la sangre real, *descendientes de varón en varón*” (I, 62). Queda claro que, de acuerdo con la información que el texto suministra, Garcilaso no podía llamarse inca. Al atribuirse tal nombre como autor recurría a una práctica que no correspondía con la del pasado inca. Es seguramente en cuanto individuo que forma parte de la sociedad española que Garcilaso decide ostentar su progenie materna, y de esta contradicción nace el valor extraordinario de su gesto. Sin embargo, en cuanto entidad textual, es decir, en cuanto enunciador, que desea ganar la imagen de autoridad sobre lo que dice, proclamarse inca

¹¹ Específicamente sobre la función de las dedicatorias, véase Genette (110-133).

insistentemente significaría una contradicción con lo afirmado y, en tal medida, ocasionaría una pérdida del buscado efecto persuasivo.

Sólo la importancia de convencer sobre el adecuado valor del concepto *Pachacámac* inclina al enunciador a asumir, por única vez, la identidad de inca. Pero ésta aparece complementada de inmediato con la de “indio cristiano católico” (Primera parte, I, 68), que le permite presentarse como capaz para “traducir” los contenidos de la religión cristiana a la lengua de los incas:

si a mí, que soy indio cristiano católico, por la infinita misericordia, me preguntassen ahora “¿cómo se llama Dios en tu lengua?”, diría “Pachacámac”, porque en aquel general lenguaje del Perú no hay otro nombre para nombrar a Dios sino éste (I, 68).

La imagen coincide con la de “devoto indio” con que se presenta en la dedicatoria a la Virgen de la segunda parte de los *Comentarios* (I, 7); pero en el pasaje que hemos citado resalta su autoridad de intérprete. Los dos aspectos de la identidad declarada (“indio” y “cristiano católico”) presentan al enunciador como bisagra entre dos mundos, en un terreno tan crucial para la concepción histórica del Inca como el religioso. Al proclamar la propiedad del término “Pachacámac” para referirse al concepto cristiano de Dios —tras haber aclarado su significado en la lengua y la religión de los incas— se resalta por la vía lingüística una continuidad de valores que va de la cultura inca al cristianismo y que concuerda con la visión providencialista de la historia planteada en los *Comentarios*. Por otro lado, la traducción autorizada que aquí se ofrece de contenidos teológicos contrasta con el fracaso de otros intentos semejantes de traducción, como el de Felipillo del discurso de fray Vicente de Valverde (*Segunda parte*, I, 66-69).¹²

La complejidad del empleo de la identidad de indio en el texto contrasta con la escasez de pasajes en que el enunciador se declara mestizo. De manera manifiesta sólo ocurre en el capítulo XXXI del libro final de la primera parte de los *Comentarios*, cuando al tratar de los “nuevos nombres para nombrar diversas generaciones”, se proclama:

A los hijos de español y de india o de indio y española, nos llaman mestizos, por dezir que somos mezclados de ambas nasciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él (II, 279).¹³

¹² A pesar de ello, en este pasaje sobre el encuentro entre los españoles y Atahualpa —y a propósito del *Confesionario para indios* publicado en Lima en 1585— se justifica el no recurrir a los términos indios para declarar la doctrina cristiana “por que no les acuerden [a los indios] las significaciones de aquellas dicciones” (I, 68). El contexto, sin embargo, está marcado por tal cautela en no cuestionar el hecho que inicia la conquista del Perú (la captura del Inca en Cajamarca) —seguramente por no producir una ruptura con el destinatario-, que es legítimo preguntarse si el texto no encierra un sentido tácito o incluso irónico.

¹³ Esta explícita declaración de identidad como mestizo está ya de alguna manera anunciada pocas páginas antes, al referirse el texto a “muchos condiscípulos míos, y yo con ellos, hijos de españoles y de indias” (II, 265). Sin embargo, se evita aquí aún emplear el nombre *mestizo* para autodesignarse.

Puede sorprender que sólo casi al concluir la primera parte de los *Comentarios* el enunciador recurra a la identidad de mestizo para definirse a sí mismo. El término se emplea varias veces en las páginas anteriores para referirse a otros personajes de la historia que, como Garcilaso, eran hijos de español e india. No obstante, hasta llegar al pasaje citado las formas extremas de asociación del enunciador con el grupo de los mestizos habían sido las de considerarlos “condiscípulos” (*Primera parte*, I, 229; II, 255) o “compatriotas” (II, 65); de otro lado, se había resaltado la vinculación entre indios y mestizos al llamar a éstos “parientes de ellos” (I, 128) en un pasaje en que se resaltaba la capacidad de los indios para adquirir la cultura de la escritura. Tales asociaciones habrán de permitir que el cambio en la autodesignación del enunciador no resulte violento. Sin embargo, a pesar de que estos contextos hubieran favorecido la presentación del enunciador como mestizo, éste ha preferido hasta este punto la identidad de indio. Convendrá observar qué es lo que motiva este cambio repentino en relación con el sentido argumentativo del texto.

El pasaje en cuestión aparece inserto en el conjunto de capítulos que interrumpen la historia política del Incario, tras la muerte del Huaina Cápac (es decir, en el momento en que ocurre la intervención de los españoles en el curso de la historia del Tahuantinsuyo), para dedicarse a la historia natural y presentar los nuevos frutos, animales y razas humanas que han aparecido en tierra peruana con la llegada de los españoles. Cuando en el capítulo siguiente (XXXII del libro noveno) se retoman los sucesos políticos nos hallamos ante el momento de crisis máxima del Imperio Inca, que dará lugar a su desintegración y a un cambio rotundo del curso histórico. Si la identidad de indio le ha permitido al enunciador robustecer su autoridad sobre la información relativa a la cultura inca, el proyecto de texto histórico que pretende desarrollar le exige ahora una presentación de sí mismo que lo mantenga ligado a los nuevos sucesos. De este modo, se logra mantener la solidaridad entre el yo del enunciador y los hechos historiados que es base fundamental en la construcción de la autoridad del primero. Es necesario, por ello, insistir en el carácter unitario de los *Comentarios reales*. La identidad de mestizo está adoptada en un pasaje que sirve de enlace a las dos partes; con ésta el enunciador prepara su imagen para ingresar al “libro décimo” (que habrá de convertirse en el primero de la segunda parte) “a tratar de las heroicas e increíbles hazañas de los españoles que ganaron aquel imperio” (*Primera parte*, II, 297).

Insistamos en que Garcilaso no pretende presentar al imperio inca como una entidad desligada del curso de la historia universal; en este sentido, su visión no es utópica (aunque se sirva de elementos utópicos para revalorar a los incas), sino esencialmente histórica. Y su autoridad para narrar e interpretar tales hechos reposa en la construcción de una identidad también histórica y, por eso, cambiante, que reúne en sí el pasado (en cuanto indio) y lo nuevo (en cuanto mestizo).

Cuando en el curso de la historia posterior se sucedan las guerras civiles entre los conquistadores y los diversos levantamientos de soldados españoles, las declaraciones de identidad se reducen notablemente para dejar paso fundamentalmente a un yo testigo que no compromete su identidad étnica en tales sucesos. Por cierto, el carácter testimonial del relato está presente en los *Comentarios* desde las primeras páginas, expresado básicamente en el “yo vi” referido a las muestras del pasado imperial (los restos de las construcciones de los incas, las momias de los antiguos gobernantes, etc.). Pero al narrar los años que corresponden al establecimiento del poder colonial, el carácter testimonial se robustece

con un “yo conocí” relativo a los personajes activos de la historia (por ejemplo, *Segunda parte*, II, 89, 146, 180).

De esta manera, el yo del enunciador en los *Comentarios reales*, se configura como una entidad múltiple, más que conflictiva (como a veces suele verse), construida en función de las necesidades argumentativas del discurso. Que entre la identidad del enunciador y la del autor existe una estrecha vinculación es indudable; pero también lo es que el traspaso no es automático sino selectivo, y que el discurso impone sus propias exigencias. No dudamos de que a través del texto podemos acercarnos a la persona histórica del autor (o al menos a un aspecto de él), pero los métodos ensayados, al menos en el caso del Inca Garcilaso, pueden resultar a veces simplificadores del problema.

No se nos oculta que estamos ante una obra que invita a continuar esa búsqueda del yo histórico que asoma tras el texto, una obra donde se procura reducir la distancia entre él y el yo de la enunciación aduciendo que “quien ha escrito vidas de tantos no es mucho que diga algo de la suya” (*Segunda parte*, II, 216), pero tal búsqueda no debe olvidar que, por encima de cualquier marca autobiográfica, los *Comentarios reales* constituyen un discurso que intenta persuadir de una visión de la historia dentro de la que el propio sujeto quiere formar parte.

BIBLIOGRAFÍA

- Arocena, Luis A. *El Inca Garcilaso y el humanismo renacentista*. Buenos Aires: Edición del Centro de Profesores Diplomados de Enseñanza Superior, 1949.
- Belaunde, Víctor Andrés. “Centenario de Garcilaso”. *Mercurio peruano*, XXI/147 (1939): 118-119.
- Cerrón Palomino, Rodolfo. “El Inca Garcilaso o la lealtad idiomática”. *Lexis* XV/2 (1991): 133-178.
- Chang-Rodríguez, Raquel. “Colonialismo y conciencia nacional: Garcilaso de la Vega y Huamán Poma”. *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien. Caravelle*, 38 (1982): 29-43.
- Díaz Ruiz, Ignacio. “Conciencia indígena en el Inca Garcilaso”, *Cuadernos Americanos* 3/18 (1989): 211-218.
- Durand, José. *El Inca Garcilaso, clásico de América*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 1988.
- _____. “Garcilaso Inca jura decir verdad”. *Crítica Hispánica*, X/1-2 (1988): 21-48.
- Garcilaso de la Vega, Inca. *La traducción del Indio de los tres Diálogos de amor de León Hebreo*. Tomo CXXXII. 1590. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1965. [Tomo I de las *Obras completas*: 6-227].
- _____. *La Florida del Inca*. Edición y notas de Emma Susana Speratti. 1605; México: Fondo de Cultura Económica, 1956.
- _____. *Comentarios reales de los Incas*. Edición al cuidado de Ángel Rosenblat [2 tomos]. 1609; Buenos Aires: EMECE Editores, 1943.
- _____. *Historia general del Perú [Segunda parte de los Comentarios reales]*. Edición al cuidado de Ángel Rosenblat [3 tomos]. 1617; Buenos Aires: EMECE Editores, 1944.

- Genette, Gerard. *Seuils*. Paris: Editions du Seuil, 1987.
- Hernández, Max. *Memoria del bien perdido. Conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, 1993.
- Jákfalvi-Leiva, Susana. *Traducción, escritura y violencia colonizadora: un estudio de la obra del Inca Garcilaso*. Syracuse: Maxwell School of Citizenship and Public Affairs, 1984.
- Miró-Quesada, Aurelio. *El Inca Garcilaso de la Vega y otros estudios garcilasistas*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1971.
- Ortega, Julio. "La fundación crítica". *Crítica de la identidad. La pregunta por el Perú en su literatura*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Pease, Franklin. "Garcilaso andino". *Revista Histórica* XXXIV (1983-84): 41-52.
- Perelman, Ch. y L. Olbrechts-Tyteca. *Tratado de la argumentación*. Madrid: Gredos, 1989.
- Ramírez Ribes, María. *Un amor por el diálogo: el Inca Garcilaso de la Vega*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992.
- Riva-Agüero, José [y Manuel González de la Rosa]. "Polémica histórica sobre el Inca Garcilaso". *Estudios de historia peruana. La Conquista y el Virreinato*. 1912; Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1968.
- Rodríguez-Garrido, José A. "Las citas de los cronistas españoles como recurso argumentativo en la segunda parte de los *Comentarios reales*". *Lexis* XVII/1 (1993): 93-114.
- Rostworowsky, María. *Historia del Tahuantinsuyu*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1988.
- Valcárcel, Luis E. *Garcilaso el Inca. Visto desde el ángulo indio*. Lima: Imprenta del Museo Nacional, 1939.
- Wey Gómez, Nicolás. "¿Dónde está Garcilaso? La oscilación del sujeto colonial en la formación de un discurso transcultural". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* XVI/34 (1991): 7-31.
- Zamora, Margarita. *Language, Authority, and Indigenous History in the Comentarios reales de los Incas*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.